



Pequeño altar

Francisco Segovia

LA TARDE ME HA ENCARGADO estos racimos
lilas del alféizar.

Que los sostenga en mis ojos que no deje
que se pierda su luz contra la intensa
llamarada del ocaso.

Que aún estén ahí cuando la noche llegue.
Y que los vea.



La noche es suave y nos envuelve
en su felpa morada...

Duérmete en mis brazos mujer. Duérmete ya.

Mañana la luz nos partirá
como a un pan con su navaja
y sentiremos de nuevo el frío
cada uno en su miga.



El helecho sigue ahí.
El malvón los aretillos.
Los libros vigilantes —su vigilia—
y la cortina resignada
a su baile lento con la brisa.
Todo está en su sitio:
el sofá la alfombra
el camino bordado donde acampan las macetas
las sillas siempre hincadas y la mesa
que extiende su bondad
a los cuatro puntos cardinales...

Sólo el ruido no es igual.

Parece que esta vez entramos
a la lentitud de una pecera.



Quédate quieta por favor. Quédate quieta...

Hablo tan quedo
que el paso de tu sombra por la mesa
barrería mis palabras.



Nuestra casa: una campana de vacío.
Nuestros nombres: letras sueltas.

Nos haces falta aquí como la atmósfera
como las reglas de gramática.

Sin ti tenemos rota
la sarta en que se hilaban las palabras.



Era una
nuestra banca al sol del mediodía
y otra en la tarde.

La misma en dos momentos.
O una y su doble en otro universo
donde la luz incide en un ángulo distinto.

Si pudiera sentarme una mañana
en la banca de la tarde
ahí te citarí.



Un par de zapatos
deshormados por el uso: huella
—no del paso de tu planta—
del bulto tridimenso de tus pies.



De golpe el viejo fresno
se sacude la luz de la mañana

Una andanada de esquiras
no hace cerrar los ojos.



Se le ha ido de golpe el alma al cielo
a esta pálida llanura.

No siente las heridas
que le lavan los arroyos hace siglos
ni recuerda qué tesoros se guardaron
en los pliegues de sus cerros.

Ha olvidado su historia. No sabe
qué es

quién fue

qué cosa es ser
este valle vaciado por el pasmo.

Echo un balde de agua a las baldosas.
He oído que no hay sitio
que no tenga otro debajo
y que el agua siempre encuentra
la pendiente y se sumerge.
Que no sube como el fuego.

Echo agua sobre el piso.
Busco una entrada.



La blancura de este vasto cielo neutro
no es la suma del espectro.

Hoy los prismas
no criban arcoiris.



No es nuestro este dolor: es del aire que se encoge
de la luz que va a quebrarse como un vidrio
de las ganas de la puerta de saltar del marco
del paisaje que atraviesa las paredes
del malvón que quisiera inflorece.
Es de éstos que no somos en nosotros
de estos cuerpos sonámbulos del tacto entumecidos
de esos cuerpos
cuyos fantasmas somos.



En medio de tu silencio hablamos...

Ante las cosas impasibles
no podemos no decir una palabra.

Pedimos lluvia a las nubes frutos a la tierra
al sol el día a las frondas sombra. Hablamos
con árboles y cerros como si fuesen hombres...

No es superchería —tú lo sabes— este diálogo.
No es obra de magia el agua
ni hechicería la luz: son
la respuesta de todo.
Son nuestra respuesta...

En medio de tu silencio llueve
En medio sale el sol
y los árboles dan sombra.

En medio de tu silencio hablamos... 